

clamor del pobre, porque no cierre Dios el suyo para oír tu oracion.

4. Finalmente, ponderaré la suavidad de la divina Providencia en la aplicacion de este medio, porque no contentándose con exhortar generalmente á todos que oren, y enseñarles el modo de orar, como se ha dicho, en particular hace esto con cada uno por sus secretas inspiraciones, inspirándonos lo que hemos de pedir, imprimiendo el deseo y fervor de pedirlo, y las razones y títulos que hemos de alegar para alcanzarlo, conforme á lo que dijo san Pablo: No sabemos lo que hemos de pedir como conviene, y así el Espíritu Santo pide por nosotros con gemidos que no se pueden explicar (1). Y cuando oramos de esta manera, es señal que Dios quiere concedernos lo que le pedimos, porque del deseo que tenia de concederle lo procedió inspirar tal modo de pedirlo. Y así la divina predestinacion, como dice san Gregorio, para salir con sus intentos, se sirve de la perfecta oracion (2). Ó Espíritu divino, cuya providencia me gobierna, gracias te doy por el cuidado que tienes de mí, para que no falte en la oracion; si no sé lo que tengo de pedir, tú me lo enseñás; si me olvido, tú me lo acuerdas; si aljojo, tú me avivas; si desmayo, tú me alientas; y si quiero cesar, tú me haces perseverar, pidiendo, buscando y llamando, hasta que reciba y halle lo que pretendo. Ó Padre amantísimo, muestra conmigo siempre esta soberana providencia, dándome tal espíritu en la oracion que pueda llamarte Padre, y alcanzar de ti todo lo que me conviene para ser tu perfecto hijo por todos los siglos. Amen.

#### MEDITACION XXXIV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN DARNOS ÁNGELES QUE NOS GUARDEN, Y CUÁN GRANDES BIENES ENCIERRA ESTE BENEFICIO.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como la divina Providencia ordenó que todos los hombres tuviesen Ángeles que les guardasen y encaminasen al fin de su eterna salvacion (3), ponderando los motivos que Dios nuestro Señor tuvo para ello.—El primero fué, para mostrar el grande amor que tiene á los hombres, y la grande estima y deseo que tiene de su salvacion, pues quiso que los espíritus angélicos, como dice san Pablo, fuesen ministros suyos en esta obra, enviándolos del cielo á procurarla (4). De suer-

(1) Rom. viii, 26.—(2) Lib. I Dial. 8.—(3) D. Thom. 1 p. q. 113.

(4) Hebr. i, 14.

te, que no solamente todas las criaturas del cielo y tierra sirviesen al hombre, sino tambien las que están sobre el cielo, y son mayores que él en la naturaleza, se ocupasen en ayudarle. Y por esta causa dijo Cristo nuestro Señor que no despreciásemos á ninguno de los pequeñuelos: *Quia Angeli eorum semper vident faciem Patris mei qui in caelis est: porque Dios los estima tanto, que les ha dado Ángeles que están siempre viendo el rostro de mi Padre, que está en los cielos* (1). Gracias te doy, Padre eterno, por este amor y estima que tienes de nosotros, dándonos por gente de guarda á los mas privados de tu casa. Ya no me admiro, como David, de que hayas puesto todas las cosas debajo de mis piés, haciéndome poco menor que tus Ángeles (2), pues me das á los mismos Ángeles para que me sirvan por tu amor: sírvate yo, Señor, como ellos te sirven, y en agradecimiento del bien que por tí me hacen.

2. El segundo motivo fué, porque vió la divina Providencia nuestra grande flaqueza, y las grandes necesidades y peligros en que vivimos; y aunque por sí solo pudiera favorecernos, quiso tambien servirse de los Ángeles para ello, encomendándoles que tuviesen cuidado de nosotros, y así dice David: *No te tocará el mal, ni el azote se acercará á tu morada; porque Dios ha mandado á sus Ángeles que tengan cuidado de tí, y te guarden en todos tus caminos: llevar-te han sobre las palmas de sus manos, porque tus piés no tropiecen en las piedras* (3). En las cuales palabras apunta David tres grandes favores.—El primero, que ha dado Dios cuidado de mí, no solo á un Ángel, sino á sus Ángeles; dando á entender, que muchos cuidan de mí, como luego veremos.—El segundo, que me guardan, *in omnibus viis*, en todos mis caminos y pasos, en cualquier parte del mundo que esté, y ande por mar ó por tierra, y en todos los negocios que trato, y en todas las obras que hago.—El tercero, que me traen en las palmas de sus manos, porque no tropiece, preservándome de las ocasiones en que podia tropezar y peligrar, sirviéndome sus manos de litera que me lleva, ampara y levanta del suelo, y me defiende de las injurias del aire y de los tropiezos de la tierra. Ó providencia amorosísima y regaladísima de nuestro Padre celestial, ¿qué gracias te podré dar por el cuidado que has tenido de remediar por tal camino mi flaqueza? ¡Oh si yo tuviese tal cuidado de servirte como tienen los Ángeles de ampararme! oh si en todos mis pasos y caminos les obedeciese para que en todos te agradase! oh si me dejase llevar siempre de sus manos, para que nunca me

(1) Matth. xviii, 10. — (2) Psalm. viii, 8. — (3) Psalm. cx, 10.

soltases de las tuyas! Ó Ángeles benditísimos, tened cuidado siempre de mí, para que ni el mal se me acerque, ni el castigo me derribe, ni cese de servir á quien nunca cesa de me amparar.

3. El tercer motivo fué, porque viendo nuestro Señor que los malos ángeles que habian sido echados del cielo habian de tentar y perseguir á los hombres con grande rabia y envidia, proveyó con su amorosa providencia, que los Ángeles buenos que quedaron en el cielo viniesen á defenderlos de los demonios; para que el hombre tuviese espíritus invisibles que le defendiesen de los enemigos invisibles que le molestaban. Y así en el mismo estado de la inocencia, como hubo demonio que tentó á los primeros padres, así hubo Ángel que los guardase y amparase (1): y si Eva atendiera á las inspiraciones del Ángel bueno, no diera crédito á las palabras del malo. Y por la misma causa trazó esto la divina Providencia, para que nos defendiesen de otros enemigos que, aunque visibles, pero son ocultos y encubiertos; y era menester que tuviésemos algun amigo tambien oculto que los conociese y nos pudiese defender de ellos. De todo esto sacaré grande confianza y ánimo contra los demonios y contra los demás enemigos secretos, por tener de mi parte los Ángeles que son mas poderosos que ellos. Ó alma mia, si te abriese Dios los ojos, como al criado de Eliseo, para ver cuantos mas y mejores son los que pelean por tí, que contra tí (2), sin duda tendrias grande ánimo en pelear, y grande confianza de vencer. Alaba y glorifica la providencia de tu supremo Capitan, que te ha dado tantos y tan valerosos defensores, contra tantos y tan poderosos enemigos.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como esta soberana providencia se extiende á todos los hombres del mundo, con un modo maravilloso (3). Ponderando, lo primero, como no solamente tienen Ángeles de guarda los predestinados para el cielo, sino los reprobados; y no solamente los justos, sino los pecadores; ni solamente los cristianos, sino los paganos y todo género de infieles, sin excluir á ninguno, hasta el mismo Anticristo le tendrá; porque como Dios desea que todos se salven, así provee á todos de este medio para su salvacion (4): y porque ninguno lo atribuya á sus merecimientos, á todos se señalan Ángeles desde que el alma es criada y unida con su cuerpo, desde el punto de su nacimiento.

2. Y lo que mas admira es, que siendo un Ángel solo suficien-

(1) D. Thom. 1 p. q. 113, art. 4 ad 2. — (2) IV Reg. vi, 17.

(3) D. Thom. 1 p. q. 113, art. 4. — (4) I Tim. II, 4.

tísimo para guardar muchos hombres, que viven en una ciudad ó reino; con todo eso quiso la divina Providencia que un solo Ángel se emplease en la guarda de un solo hombre, en cualquier parte y lugar del mundo que fuese, y que este solo le sirviese de perpetuo ayo y compañero todos los dias de su vida, sin desampararle del todo, aunque le fuese muy rebelde (1). Ó Padre amorosísimo, ¿qué gracias te daré por tan soberano beneficio como haces á los hombres, mandando á los Ángeles, tus amigos, que sean ayos de tus mismos enemigos? Del vientre de mi madre nació hijo de ira, y desde allí diste cargo de mí al que era vaso de misericordia, para que procurase hacerme semejante á sí. Sirvate, yo, Señor, como él te sirve, para que llegue á gozar de tí como él te goza. Amen.—De aquí sacaré grande amor y estima de cualquier prójimo por vil que sea; pues con ser tan vil, le dió Dios un Ángel totalmente dedicado á su guarda; y por esto dijo Cristo nuestro Señor: No desprecieis, *unum ex his pusillis*, á uno de estos pequeñuelos, pues por muy pequeñuelo que sea tiene un Ángel muy grande y poderoso que le guarda (2). Y si yo no me atreviera á murmurar de un hombre ausente delante de un grande amigo suyo, ni á injuriarle en su presencia, estando con él su ayo ó guarda muy poderosa, razon es que no me atreva á hacer esto, considerando que mi prójimo tiene un Ángel por ayo y guarda, el cual oye mi murmuracion y agravio, y es poderoso para pedir á Dios justicia y venganza contra mí, y para ejecutarla sin resistencia.

3. Luego ponderaré como la divina Providencia, no contenta con dar á cada uno su Ángel de guarda, del último coro de la infima jerarquía, tambien da Arcángeles y Principados que gobiernen y defiendan á los reyes y principes, á los reinos y ciudades. Además á la Iglesia universal, y á las matrices de ella, á las religiones y provincias, ó conventos de cada una, y á los prelados y personas constituidas en dignidad, para que por medio de estos soberanos espíritus se ejecuten las trazas del divino gobierno con mas suavidad. De donde se sigue, que no solamente tengo yo un solo Ángel que me guarda, sino tambien me ayuda el Arcángel ó Principado que guarda el reino y ciudad en que vivo, y el que defiende la Iglesia universal y particular en que resido, y la religion y convento en que moro, y el que por razon de mi dignidad ú oficio me está señalado.

4. Y demás de esto los Ángeles de la segunda jerarquía, Virtu-

(1) D. Thom. 1 p. q. 12, art. 6. — (2) Matth. XVIII, 10.

des ó Potestades, que tienen poder para reprimir á los demonios, me ayudan en las tentaciones. Y es tan suave la divina Providencia, que por respeto del hombre ha señalado Ángeles que miran por la conservacion de las especies de las cosas corruptibles; para que nunca falten, ni el hombre carezca del bien que recibe de ellas, ni se frustre el fin para que Dios las crió. Todo esto me ha de ser motivo de nuevas alabanzas, gozándome del amor que Dios nos muestra en esta tan amorosa providencia, provocando al Ángel de mi guarda, y al Arcángel, Principado y Potestad, debajo de cuyo gobierno estoy, que le den gracias por mí, y por el bien que hace á los infieles que no le conocen, ni se le agradecen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar el gusto y contento con que acuden los Ángeles á cumplir con este oficio de guardarnos, sin reparar en su grandeza y nobleza, ni en nuestra pequeñez y bajeza, ponderando las causas de este gusto, y aplicándolas á mí mismo para imitarlos en ella.—La primera y principal causa es, mandárselo Dios, y esta basta; porque como le aman, desean entrañablemente cumplir cualquier cosa que les manda; y ninguna cosa tienen por vil ni baja en siendo mandada de Dios, á quien servir es reinar. Y así con tanto gusto el ángel Rafael, con ser uno de los siete principales que asisten delante de Dios, servía á Tobías por los caminos y mesones, como gobernara un reino ó moviera el cielo estrellado, porque no miraba tanto la cosa mandada, cuanto al que se la mandaba; y tanto gusto tiene en su oficio el Ángel que guarda el esclavo, como el que guarda al emperador ó papa. Ó Ángeles de Dios poderosos en virtud para hacer lo que os manda, y oír su palabra, cumpliendo con prontitud todo lo que quiere (1); bendecidle por este buen afecto que os ha dado, y suplicadle me ayude, para que os imite, preciándome de obedecer á cuanto me quisiere mandar.

2. La segunda causa es, la grande caridad y amor que tienen á los hombres, como prójimos suyos, porque viendo que Dios los ama, no pueden dejar de amarlos, y viendo que Dios los amó tanto que se hizo hombre por ellos, también ellos gustan de amarnos tanto, que se hacen como siervos por nosotros. Y así queriendo san Juan adorar á uno de ellos por su grande excelencia, el Ángel no se lo consintió, diciendo: *No lo hagas, porque yo también soy siervo como tú y como todos tus hermanos, los que tienen en sí mismos el testimonio de Jesús* (2), que es decir: No me precio tanto de ser Ángel, como

(1) Psalm. cii, 20. — (2) Apoc. xix, 10.

de siervo de Jesús, de quien tú y tus hermanos sois siervos, y por quien yo gusto de servir como siervo, y no de ser adorado como señor. Y llega este amor á tanto, que no solamente aman á los siervos de Dios, sino también á sus enemigos, deseando hacerles bien para convertirlos en amigos, y por esto con grande gusto los guardan.

3. De estas dos causas procede la tercera, por el gran deseo que tienen de poblar las sillas del cielo, que dejaron vacías sus compañeros; y así ponen grande esfuerzo en procurar nuestra salvacion, para llevarnos consigo. Y de aquí es, que cuando un pecador hace penitencia, se alegran y hacen fiestas en el cielo (1); y si fueran capaces de tristeza lloraran (2) los Ángeles de la paz por la caída de los justos; porque ninguna cosa pudiera moverles á lágrimas sino esta; y por la misma razon se entristecen al modo dicho de nuestra tibieza, y se alegran de nuestro fervor, y tienen deseo de que crezcamos en toda virtud, aun sobre la que ellos tienen, porque tan lésjos están de tener envidia, que se gozan los Angeles de la guarda de que los hombres sean colocados en el cielo en lugar mas alto que ellos entre los Querubines y Serafines. Por tanto, alma mia, reconoce la caridad tan encendida de estos espíritus soberanos, y procura imitarla sin envidia, doliéndote de los que pecan, alegrándote de los que se justifican, y gozándote de los que han llegado á mayor alteza que la tuya; y pues tu Ángel pone su contento en tu aprovechamiento, no hagas cosa que le ofenda, ni dejes de hacer cosa que le agrade, dando materia de gozo al que con tanto gusto procura tu provecho.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar la providencia y cuidado que tienen con nosotros los Ángeles de la guarda, y los grandes bienes espirituales que por su medio nos vienen. Ponderando primero la causa de su gran providencia, la cual tocó Cristo nuestro Señor, cuando dijo: *Que nuestros Ángeles custodios ven el rostro de su Padre celestial* (3), porque de esta vista les vienen las tres propiedades necesarias para la perfecta providencia, que arriba se tocaron; conviene á saber, sabiduría, bondad y potencia, la que hasta saber lo que deben de hacer con nosotros, y para quererlo con grande amor y ejecutarlo con gran poder. Y cuando no les consta de lo que Dios quiere, cada uno hace lo que juzga mas conveniente para el bien del que está á su cargo, aunque sea contrario á lo que el otro pretende, como sucedió á los Ángeles que guardaban

(1) Luc. xv, 10. — (2) Isai. xxxiii, 7. — (3) Matth. xviii, 10.

al pueblo de los judíos y de los persas (1); pero en revelándoles Dios su voluntad y la traza de su providencia, luego se aunan para ejecutarla. Y en esta fe tengo de arraigarme, trayendo á la memoria lo que dijo el Eclesiastés: *No digas delante del Ángel no hay providencia, porque no se enoje Dios con tus palabras, y deshaga todas tus obras* (2), que es decir: Mira que estás delante de tu Ángel, y en su presencia, no digas que ni Dios ni él tienen providencia, porque eso será parte para que no recibas provecho de ella, sino el castigo que merece tu blasfemia.

2. De aquí subiré á ponderar los efectos maravillosos de esta providencia de los Ángeles, cuanto á lo espiritual, reduciéndolos á los tres actos jerárquicos que llama san Dionisio, *purgar, ilustrar y perfeccionar* (3), los cuales ejercita la suprema jerarquía con la media, y la media con la ínfima, y ésta con los hombres; y aun alguna vez extraordinaria lo hacen tambien los de la suprema jerarquía.—Segun esto, los Ángeles primeramente nos purifican de errores y pecados, ayudándonos á salir de ellos, inspirándonos los ejercicios de la vía purgativa, como el Serafin que con una brasa purificó los labios de Isaías, diciendo: Yo he tocado tus labios, y con este tocamiento será quitada tu maldad, y quedarás limpio de tu pecado (4).—Ellos tambien nos alumbran, ilustrando nuestras almas con verdades y adornándolas con virtudes, porque con sus ilustraciones interiores nos descubren lo que no sabemos, y nos aficionan á obrar lo que debemos, y por este medio aprovechamos en la vía que llaman iluminativa. Y otras veces nos inspiran que vamos á los maestros que nos pueden enseñar y ayudar, y á los mismos maestros inspiran que nos enseñen y ayuden, como sucedió á Cornelio (5), al modo que arriba se dijo.

3. Lo tercero, los Ángeles nos perfeccionan en toda virtud y en los ejercicios de la union con Dios, y así tienen especial cuidado de nuestros ejercicios de oracion, meditacion y contemplacion, por medio de los cuales se alcanzan los efectos dichos. Y como dice David, nos previenen para que oremos solicitándonos á la oracion (6), y nos acompañan cuando oramos, quietándonos en ella y avivándola con fervor. Y como dijo san Juan en su Apocalipsis: En habiendo orado representan á Dios nuestras oraciones, y negocian el despacho de ellas (7). Y así cuando sintiere deseos repentinos de orar,

(1) Dan. x, 13; D. Thom. ibid. art. 8. — (2) Eceles. v, 5. — (3) Cap. 4 Cœl. Hierarch. — (4) Isai. vi, 7. — (5) Act. x, 17. — (6) Psalm. LXXVII, 26.  
(7) Apoc. VIII, 3.

puedo presumir que mi Ángel me convida á que ore, y es justo obedecerle, y cuando orare, ha de ser como lo hacia David, en presencia de los Ángeles, alabando á Dios, adorándole en su santo templo y confesando su santo nombre (1), teniéndoles á ellos por testigos, para no pensar en su presencia cosa que me avergonzara pensar en presencia de los hombres, porque de otra manera no presentarán mi oracion delante de Dios. Ó Príncipe soberano que asistes á mi guarda, purifícame de vicios, ilústrame con virtudes, y perfecciónname con la union de caridad; solicítame para que ore; acompáñame cuando oro; enciéndeme mi oracion con fuego de fervor, para que suba por tu mano á la presencia de mi Criador, y de ella salga con el buen despacho que deseo, uniéndome con él por todos los siglos. Amen.

4. Finalmente, de esta providencia procede, que los Ángeles con particular cuidado asisten á quitar los estorbos de nuestra salvacion, y como se reveló á san Juan en su Apocalipsis, pelean valerosamente por nosotros contra las demonios, y asisten en nuestras batallas y tentaciones para defendernos (2): y si queremos aprovecharnos de su valor y consejo, será nuestra la victoria, y el demonio quedará vencido, y con el mismo valor nos defienden de los demás enemigos. Por lo cual dijo David, que *el Ángel del Señor cercaba por todas partes á los que le temen* (3), y los libraba de todas sus tribulaciones, trayendo consigo un ejército de soldados celestiales, que los cogiesen en medio y defendiesen de sus enemigos, como sucedió á Eliseo (4). Gracias os doy, espíritus bienaventurados, por el cuidado con que acudís á mi defensa, pues es cosa cierta que no seréis menos vigilantes en defenderme, que los demonios en perseguirme; ni será menos solícita vuestra caridad para mi bien, que su maldad para mi mal. Y pues ellos como leones andan bramando, cercándome por todas parte para tragarme (5), venid como leones valerosos, cercándome tambien para defenderme pues será vuestra la honra, si con vuestra ayuda saliere yo con la victoria.

PUNTO QUINTO.—1. Lo quinto, se ha de considerar la providencia de los Ángeles con nosotros, cuanto á los bienes corporales, en orden á los espirituales de nuestra salvacion, por razon de la cual miran por nuestra vida, salud, honra, hacienda, comida, vestido y lo demás necesario para nuestra conservacion, conforme á nuestro estado; y del mismo estado que nos conviene tener, tienen cuidado

(1) Psalm. CXXXVII, 1. — (2) Apoc. XII, 7. — (3) Psalm. XXXIII, 8.  
(4) IV Reg. VI, 17. — (5) I Petr. V, 8.

conforme á la disposicion de la divina Providencia. Y así tambien nos ayudan en las enfermedades, tristezas, peligros y miserias que padecemos, ó librándonos de ellas, ó moderándolas, ó consolándonos, ó inspirando á los que nos pueden librar y consolar, y abogando delante de Dios por nosotros, sin dejar de hacer todo lo que á su oficio pertenece, con grande amor y cuidado; á la manera que san Rafael lo hizo con Tobías, á quien libró del pez que queria tragarse, y le animó para que le cogiese, y de sus carnes hizo sustento para todo el camino: de su corazon se aprovechó para ahuyentar al demonio Asmodeo que pretendia ahogarle, y de su hiel hizo medicina para sanar á su padre ciego; cobró el dinero, trató de casarle honrada y ricamente; llenóle de bienes temporales, dióle admirables consejos, antes y despues de casado, hasta dejarlo rico, contento y próspero en casa de su padre. Y lo que hizo este santo Ángel visiblemente con Tobías, hace invisiblemente con todos; y así puedo yo decir al mio lo que dijo Tobías: *Si me ipsum tradam tibi in servum, non ero condignus providentia tua* (1). Ángel mio benditísimo, aunque me entregue por tu siervo, no será digna paga de tu amorosa providencia; vesme aquí me entrego por tú esclavo; lleva adelante lo que has comenzado, teniendo cuidado de mi cuerpo y alma, hasta que me pongas en casa de mi Padre celestial, rico y bienaventurado por todos los siglos. Amen.

2. De aquí subiré á ponderar lo que yo debo hacer con mi santo Ángel, en agradecimiento del cuidado que conmigo tiene. Porque, lo primero, es razon que tenga de él frecuente memoria, mirándole presente, como testigo de mi vida, procurando no hacer cosa á solas, en lo secreto y escondido de mi casa ó aposento, que pueda ofender los ojos de tan buen amigo. Y como dice san Pablo, que las mujeres cubran sus cabezas en la iglesia, por los Ángeles (2); así yo procuraré ser casto, modesto, templado y muy compuesto en todas mis acciones, públicas y secretas, por respeto del que está á mi lado, y con él he de tener frecuente trato y conversacion, porque como él hace conmigo oficio de ayo, maestro, consejero, gobernador, defensor, amigo y compañero, es razon haya de mi parte correspondencia hablándole familiarmente, ya como á maestro, pidiéndole luz contra mis ignorancias; ya como á consejero, pidiéndole consejo en mis dudas; ya como á defensor, pidiéndole favor en mis peligros; ya como con amigo, pidiéndole consuelo en mis trabajos. Unas veces le daré gracias por las mercedes que me hace;

(1) Tob. ix, 2. — (2) I Cor. xi, 10.

otras me gozaré de los bienes que tiene; y otras alabaré á Dios por los dones que le ha dado. Y porque algunas veces se ausenta y se va al cielo, aunque desde allá me mira y tiene de mí gran cuidado, yo le llamaré para que venga y esté conmigo á mi lado, y es tan amoroso que lo hará; y aun me dará testimonios interiores de su presencia con los júbilos que sentirá mi corazon con ella.

3. Y sobre todo procuraré ganarle por amigo para la hora de la muerte; porque como es ejecutor de los medios de nuestra predestinacion, la cual depende de la perseverancia, hasta una buena muerte, allí son mayores sus diligencias para que me salve, como son mayores las del demonio para que me condene; y quien le ha servido y obedecido en la vida, tendrále muy mas propicio y favorable en la muerte, no le dejando un punto hasta llevarle, como al alma de Lázaro, al seno y descanso de la gloria. Para todo esto será bien hacerle cada dia algun servicio ó alguna oracion especial, diciéndole: Dios te salve, Ángel de Dios, príncipe nobilísimo, guardamía y ayo amorosísimo, Dios te salve. Gózome de que Dios te haya criado en tanta grandeza y santificádote con su gracia, perseverando en ella hasta que alcanzaste la gloria. Gracias doy al todopoderoso Dios por las mercedes que te ha hecho, y á tí por los bienes que me haces y por el amor y gusto con que me guardas. Yo te encomiendo hoy mi cuerpo y mi alma, mi memoria, entendimiento y voluntad, mis apetitos y sentidos, para que me guardes, rijas, defiendas y gobiernes, y juntamente me purifiques, alumbres y perfecciones, de tal manera, que lleno por tí de todos los bienes, perseverare siempre en gracia, hasta que juntamente contigo vea y goce de Dios en la gloria. Amen.

### MEDITACION XXXV.

DE LA PROVIDENCIA DE DIOS EN LA REPARACION DEL MUNDO, POR LA ENCARNACION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y DE SU MARAVILLOSO GOBIERNO.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la excelentísima providencia que Dios nuestro Señor tuvo de la salvacion de los hombres, perdidos por el pecado de Adan, comparándola con la que tuvo del mismo Adan y de sus descendientes en el estado de la inocencia. Porque primeramente crió Dios á Adan en gracia y justicia original (1), como cabeza de todo el linaje humano, con tal

(1) D. Thom. 1 p. q. 95, art. 1, 2; q. 100, art. 1.